

había síntesis. Era expresión de un montón de espacios, y eso no le quitaba potencia al movimiento. Entonces eso también es algo a repensar. No quiero decir que la idea de síntesis o de articulaciones no sea deseable, pero sí que el movimiento feminista nos viene a proponer nuevas formas de articulación. Eso también nos abre una arista para pensar qué queremos de los movimientos, y si en esa diversidad no está la riqueza y si es así, cómo se pretende que se pueda representar en una sola persona. Lo digo como pregunta abierta.

Ana (Megafón): Asumirnos feministas nos obliga a pensar nuevas formas de hacer política. Las mujeres venimos a traer nuevas formas de hacer política y las disidencias también. Toda la lógica de la política es patriarcal, es machista, y estamos obligadas a repensarla. Otra vez, esto de tener un adversario común, claro, hace que nos juntemos todas.

Altzibar (MUI-EJC): Así como pensamos en los 70 que había condiciones para transversalizar en todas las carreras la necesidad de dar materias, cursos, que tuvieran que ver con historia nacional, latinoamericana, con la coyuntura política porque había que pensar los graduados con un perfil social, que viniera a transformar la sociedad, también se puede pensar que al feminismo y las perspectivas de género hay que incorporarlas transversalmente en todas las carreras que andan dando vuelta en el sistema universitario. Y que no necesariamente alguien que estudia Exactas no tenga que tener una perspectiva feminista. Es una apuesta por ahí muy compleja porque va contra años de una forma de disciplinariedad, de unas currículas específicas muy rígidas (esta persona se forma en tal orientación y necesita estos contenidos básicos), pero me parece que es un desafío que dentro de esos contenidos básicos haya perspectiva de género, perspectivas de preocupación por los temas sociales y no por los temas de mercado. En ese sentido se pueden explorar algunas formas, incluso se puede pensar en instancias que son previas o durante al ingreso a carreras, en las cuales parte de los contenidos básicos no solamente tengan que ver con la historia de la universidad o con el diseño institucional sino que tengan que ver también con perspectiva

de género. Después hay dificultades porque la autonomía universitaria no permite que eso se establezca desde el Estado. Y esto de ver cómo se articula nos vuelve a ubicar en la discusión sobre la necesidad de un movimiento político, más que un movimiento solamente universitario, porque la política universitaria tiene que estar diseñada desde el Estado.

Scyla (MPE): La relación con el movimiento feminista no solo nos permite pensar la política construyendo nuevas lógicas sino que también corre por nuestras venas y por los pasillos de las universidades esa historia patriarcal en la que las mujeres accedimos a la educación después de muchas luchas. Que hoy seamos testigos de una feminización de la matrícula universitaria habla de una historia de luchas acumuladas que a veces no dimensionamos. Las mujeres venimos a darle otra impronta a la política y a la universidad, venimos a transformarla, a poner en discusión los planes de estudios, los perfiles profesionales tan estereotipados y rígidos, construyendo juntas un feminismo realmente popular que represente a los excluidos en la universidad pública.

Sofía (La Cámpora): Una parte importante de la actividad feminista está nutrida de militantes universitarias, y ambos movimientos tienen una fuerte presencia joven. Es evidente que hay que fortalecer el intercambio entre los dos, porque comparten una agenda en cuanto a inclusión y ampliación de derechos. Cuando decimos que queremos una universidad feminista, nos referimos a una institución que vea la perspectiva de género como una prioridad, que debe teñir todos los ámbitos, no como una materia optativa para algunas carreras. Aunque sean un terreno de vanguardia intelectual y formación de pensamiento crítico, las aulas universitarias no están exentas de machismo, todo lo contrario. ¿Cómo explicamos, sino, que solo el 10% de los rectores sean mujeres? Como jóvenes no podemos permitir que la universidad se estructure de arriba hacia abajo con la misma matriz de hace décadas. Así como los estudiantes en el 18 salieron a disputarle a la oligarquía el territorio académico, les estudiantes del siglo XXI tenemos que ser quienes se lo disputen, y arrebaten, al patriarcado.

LEGADOS

LUCÍA ABBATTISTA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

En el cenit de la “primavera camporista”, el Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de La Plata fue ocupado por una parte significativa de sus estudiantes y trabajadores (docentes y no docentes) para reclamar el desplazamiento inmediato de su Jefa, una profesora que –según entendían– expresaba el continuismo con la dictadura de la Revolución Argentina. Y a contramano de lo que ocurrió en otras instituciones, donde los sectores de izquierda de diferentes filiaciones comenzaron a ser desplazados de los espacios de decisión tras la caída de Cámpora, en este ámbito fue en julio de 1973 cuando empezaron las verdaderas transformaciones.

En la presidencia de la Universidad Nacional de La Plata, el ministro de Cultura y Educación Jorge A. Taiana había designado a fines de mayo a Rodolfo Agoglia, doctor en Filosofía, con extensa tradición en el peronismo universitario. Para conducir la Facultad de Humanidades, Agoglia confió en un joven colega, Ricardo J. I. Gómez, hoy referente internacional de los estudios sobre filosofía de las ciencias. Las gestiones de ambos, cada una con sus especificidades, expresaban la voluntad de confluencia de estudiantes, trabajadores docentes y no docentes para la definición de políticas que en el corto plazo permitieran sentar las bases para la Nueva Universidad, parafraseando el proyecto que la Federación Universitaria de la Revolución Nacional (FURN) platense difundió ese mismo año para contribuir a los debates rumbo a una universidad Nacional y Popular.

Como superación del conflicto suscitado en el Departamento de Letras, el delegado Gómez designó, por expreso pedido de los actores movilizadas, a Carmen Josefina Luisa Suárez Wilson de Diez como Jefa interventora. “Teniendo en cuenta la necesidad de renovar la orientación de dicho Departamento de acuerdo a los lineamientos generales establecidos para la Universidad en el marco del Proyecto de Reconstrucción Nacional” y “Atento a los

REYNA DIEZ

UNA PROFESORA DE PALABRA AUTÉNTICA Y PRAXIS LIBERTARIA

méritos que, por su trayectoria en la lucha por la liberación Nacional y su nivel Académico, ostenta la Profesora (...)” (Resolución FaHCE-UNLP N° 389/73).

¿Por qué la propusieron a ella? La profesora Suárez Wilson –“Reyna” Diez para los más cercanos–, era ayudante diplomada de la cátedra de Introducción a la Literatura y del Instituto de Literatura Argentina e Iberoamericana de la Facultad. Había trabajado previamente en la Escuela Superior de Bellas Artes, en el Colegio Nacional, en la Facultad de Ingeniería y en la radio de la Universidad. Tenía por entonces 59 años, cinco hijos con militancia en diferentes organizaciones y una vida que había estado atravesada, desde mediados de los años 30, por la defensa de los presos políticos, la lucha contra la impunidad y el compromiso con la docencia en diferentes ámbitos y localidades.

En los años inmediatamente previos, su voz se había alzado desde las organizaciones de familiares como la CoFaPPEG y la COFADE de la región para reclamar contra la criminalización y las condiciones de detención que la dictadura de Lanusse imponía a los jóvenes revolucionarios. Su hijo Rolando estaba preso desde 1971. En un documental de comienzos del 73 –*Informes y Testimonios, La tortura política en*

la Argentina, 1966-1972, dirigido por Diego Eijo (h), Eduardo Giorello, Ricardo Moretti, Alfredo O. Oroz, Carlos Vallina y Silvia Vega– puede escucharse a Reyna interpelar a los espectadores desde su rol de madre:

Las mujeres tenemos que tomar una actitud viva; tenemos que tomar una actitud decidida; no basta la lágrima, no basta la solidaridad; no basta la compañía afectuosa de la carta, de todo lo que se necesita. Tiene que estar también la protesta y, si es necesario, formarse sobre la personalidad sumisa, cariñosa, afectiva, una nueva personalidad, luchadora, fuerte y belicosa. Todas las mujeres tienen que dar ese paso adelante.

Esa palabra desafiante en reuniones y asambleas, su capacidad de escucha y su convicción en la construcción horizontal y plural, la llevaron a tener excelente diálogo con la militancia de la tendencia revolucionaria del peronismo –especialmente Montoneros– y con la izquierda guevarista ligada al PRT-ERP, aunque su corazón siempre conservara un lugar preferencial para el ideario anarquista del que se nutriera cuando llegó desde Junín a La Plata para estudiar, poco antes de la guerra civil española.

Al revisar las resoluciones de la Facultad en 1973 y 1974 puede observarse que el Departamento de Letras que ella tuvo a cargo promovió cambios de currícula y prácticas de funcionamiento interno de las cátedras como ninguna otra carrera, con propuestas nacidas de un proceso de permanentes reuniones interclausros. En cuanto a los cambios ligados al plan de estudios, se procuró, por un lado, la reducción de la obligatoriedad de las asignaturas de Latín y Griego (de cuatro a dos en cada caso), con la intención de generar espacios para seminarios optativos como “Tres poetas militantes: César Vallejo, Roberto Fernández Retamar y Ernesto Cardenal”; y, por otro, reducir la cantidad de literaturas españolas (de tres a dos) y reformular la materia sobre literatura iberoamericana, en pos de crear dos Literaturas y Culturas Latinoamericanas, una a cargo de Reyna –en la que el programa comenzaba con el Popol Vuh– y otra de Jorge Lafforgue. Otros cambios fueron más capilares: desdoblarse la materia literatura inglesa y norteamericana y –ya cuando era decana, en mayo de 1974– ante la licencia de un docente de Literatura Argentina II, resolver la reincorporación de Alicia Graciana Eguren, viuda de Cooke, que había sido cesanteadada en el 55.

LEGADOS

En cuanto a las transformaciones de las prácticas pedagógicas hay cuatro que podemos destacar. Se trata de cambios que se propusieron para una amplia serie de materias, tras haber sido ensayados en 1973 en la cátedra de Teoría y práctica gramatical, coordinada por Miguel Olivera Giménez, dependiente al principio del Departamento de Filología (a cargo del poeta Juan Octavio Prenz) y en Literatura Española II del Departamento de Letras: 1) la sustitución de la denominación de cátedra por la de “Unidad Básica de Trabajo” (UBT) con cambios en los roles internos; 2) la supresión de la clase magistral e individual y de la división entre clases teóricas y prácticas, en pos de un trabajo participativo en el aula entre docentes y alumnos con el conjunto de la UBT; 3) el estímulo al acercamiento al conocimiento, la evaluación y promoción grupales a partir de la constitución de “Equipos de Trabajos de Alumnos” (ETA); 4) la centralidad de las nociones de debate sobre diferentes interpretaciones, investigación independiente y coloquios (Resolución FaHCE-UNLP 366/74).

Así también se explica por qué fue nombrada decana de la Facultad de Humanidades en abril de 1974. No era la primera mujer en alcanzar un puesto de conducción en la Universidad Nacional de La Plata, ya que en junio de 1973 Agoglia había nombrado a María Ermelinda Clemencia Conosciuto como Delegada Interventora de la Facultad de Odontología, pero sí la primera de la FaHCE y la primera en ser nombrada por iniciativa de los diferentes claustros, con especial apoyo de los estudiantes y trabajadores no docentes del peronismo revolucionario agremiados en ATULP. Un proceso similar al que contemporáneamente se vivió en Filosofía y Letras de la Universidad Nacional –y Popular– de Buenos Aires con el nombramiento de Adriana Puiggrós.

Los dirigentes universitarios más ligados a Montoneros promovieron a “Reyna” para suceder a Ricardo Gómez cuando Francisco Camperchioli Masciotra reemplazó a Agoglia, tras la sanción de la Ley orgánica para las universidades nacionales N° 20.654 –conocida desde entonces como Ley Taiana–.



Reyna Diez

A partir de las resoluciones de su decanato se puede observar el intento de consolidación de los cambios que habían comenzado el año anterior. De todas formas, su breve gestión coincidió con hechos tan conmocionantes como la muerte de Juan Domingo Perón y el desmoronamiento del lopezreguismo, que le imprimieron a esa época un ritmo aún más vertiginoso que a los meses previos. De hecho, ya en agosto de 1974 la patota local de la Concentración Nacional Universitaria (CNU) intentó fallidamente secuestrarla y desde entonces tuvo que cambiar sus rutinas constantemente, por lo que son pocas las iniciativas estrictamente universitarias que se pueden hallar al comenzar la segunda mitad del año. En verdad, toda la conducción universitaria estuvo abocada a repeler el impacto de las primeras medidas del nuevo-viejo ministro Oscar Ivanissevich contra la investigación científica y las universidades públicas.

En un homenaje realizado en mayo de este año, muchos militantes de diferentes pertenencias destacaron que su renuncia no se produjo en ese contexto de agosto sino que se mantuvo

al frente de la Facultad hasta las renunciaciones masivas del mes de octubre de 1974. En ese momento, tras los crímenes de los dirigentes Rodolfo Achem y Carlos Miguel, el rector Camperchioli, los decanos de todas las facultades y sus secretarios se reunieron ante escribano para presentar sus renunciaciones como un hecho político de repudio. Desde entonces, la Universidad fue ocupada en el marco de la Misión Ivanissevich y permaneció cerrada hasta el 21 de noviembre, cuando desembarcó como interventor el economista Pedro José Arrighi.

La interventora de la FaHCE, Haydée Enriqueta Frizzi de Longoni, que clausuró las actividades del centro de estudiantes, cesantó docentes contratados a partir de mayo de 1973 y persiguió especialmente la participación política de los no docentes, tuvo entre sus prioridades académicas el desmantelamiento de todas y cada una de las transformaciones ocurridas en el Departamento de Letras desde julio del 73.

Por seguridad, Reyna pasó a la clandestinidad. Lo mismo ocurrió con la mayoría de su equipo. En el Archivo histórico de la UNLP pueden hallarse los expedientes iniciados para dejarla cesante en cada uno de sus trabajos de la institución, por no haberse presentado desde noviembre del 74.

Desde entonces, su actividad militante volvió a concentrarse en el terreno de la defensa de los derechos humanos y la organización de espacios de base para la resistencia: a partir de 1975 su familia fue marcada a fuego por la prisión política de su hija Perla, el secuestro y desaparición de su yerno Jorge Moura, su hija Diana y su otro yerno Luis Rentani, y el exilio de numerosos miembros de su familia. De su grupo de colaboradores/as en la Facultad, hay una proporción muy alta de desaparecidos/as y asesinados/as: Diana Teruggi, Roberto César Porfidio y Beatriz Quiroga son sólo algunos de ellos.

Hasta su muerte, en mayo de 2001, Reyna siguió siendo impulsora de numerosas organizaciones, entre las que sin dudas se destacó la Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos y Presos por Razones Políticas y Gremiales.